

APUNTES

3.

1.º de Setiembre de 1931

Errores del socialismo de Estado

Los errores capitales del socialismo,—del socialismo autoritario, diría mejor—proviene de confundir la Sociedad con el Estado, y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es más que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo los agentes más impalpables y etéreos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos, así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realización de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un ser real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales e inevitables como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocían las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caída del rayo, apelaba a la magia, arrastrábase a las plantas de las teocracias. Cuando no conocía las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudía el hombre a una falsa organización social, a un

poder absoluto, a un derecho celeste, de origen, extrasocial, de origen divino. Pero desde el momento en que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son en su fondo y en su forma sino las mismas leyes de su naturaleza. La ley característica de la naturaleza humana, aquella mediante la cual se distingue al hombre de todos los seres que le rodean, sujetos a una fatalidad inevitable, a fuerzas que no pueden romper; la ley primordial de la naturaleza humana, es la libertad. Por consecuencia, *a medida que la sociedad sea más justa, se aproximará más a la naturaleza humana, y a medida que más se aproxime a la naturaleza asegurará más la libertad.* Es un error común a absolutistas y a socialistas el de creer que para fundar la sociedad el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios a los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad.

El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar las leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregación infinita del universo; el hombre cobra mayor vida, más fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza, que, lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra . . .

. . . El derecho es anterior y superior al Estado. Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad de pensamiento, como la libertad de sufragio, como la libertad de imprenta. Los socialistas,

como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va a resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para intentarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana . . . Y vosotros, que os llamáis demócratas, al limitar la libertad, desconocéis la democracia; y vosotros, que os llamáis socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconocéis la sociedad.

EMILIO CASTELAR.

El pulpo universal

Si se examina el problema alemán en su profundidad, se nota que la ruina ha nacido sobre todo del estatismo. La producción no puede ya bastar a un presupuesto del cual todos quieren vivir y comer. El socialismo así aplicado mina la actividad. En Alemania, todas las empresas de Estado, de provincia, de comuna, están en déficit—¡y qué déficit!—Se ha matado en el interior la gallina de los huevos de oro, y por esto se mira de reojo la del vecino.

Lo mismo pasa en todas partes, y particularmente en Inglaterra, en donde la nación más activa del mundo

se ha dejado intoxicar por este estatismo, que no sabe más que gastar y organizar la pereza, el reino de la incompetencia y la inmovilidad.

Nosotros también resbalaremos por la pendiente del presupuestivorismo que, si ha envenenado a un pueblo tan disciplinado como el alemán, rápidamente nos precipitará un día en las mismas dificultades.

Quienes piensan que el mal actual en el universo no es solamente financiero sino también político, no se engañan; pero si es político, es porque en todas partes los presupuestos colectivos roen los particulares, a tal punto que no sólo expulsan los capitales sino que arruinan además el espíritu de creación, de empresa, de vida.

LUIS FOREST.

Le Matin, 24 de julio de 1931.

¿Anarquista?

No soy anarquista; pero cuando recorro las páginas de la historia y contemplo la serie inacabable de excesos, violencias, crímenes y atentados que la pasión, la envidia, la ambición, el odio, la soberbia disfrazados de razón de Estado, perpetraron en todos los tiempos; las conquistas bárbaras, las represiones sangrientas, las guerras devastadoras, los asesinatos políticos, los regímenes de opresión, las persecuciones, las proscripciones, los patí-

bulos, las hogueras, me pregunto con asombro cómo las sociedades humanas han podido sobrevivir a la repetición incesante de atrocidades tamañas, y me asalta la duda de si no será el poder el peor de los enemigos del derecho y la autoridad tirana más que tutora de los rebaños que apacienta.

No soy anarquista, pero en presencia de ese Leviatán que se llama el Estado, con su Constitución, sus leyes, sus códigos, sus poderes, sus partidos, sus clases, sus órdenes, su presupuesto; con su administración, su burocracia, su fuerza, sus tribunales, sus prisiones, sus cadalsos y sus verdugos, *todo ello tan poderoso para el mal, todo para el bien tan impotente*; en presencia de esa institución que tiene por lema el derecho y por práctica la violencia; que no persuade, que no amonesta, que no ampara, que no defiende, pero que impone, cohibe, reprime, castiga; en presencia de ese monstruo que devora todos los años mil millones para mantener a sus parásitos, y no da en cambio instrucción, ni protección, ni sosiego, ni paz, ni gloria, ni justicia, ni pan; que roba el voto al ciudadano y luego le zampa en la cárcel; que despoja al contribuyente y luego le fusila, doy en pensar qué es lo que podría perder la sociedad con verse amputado al rape tan disforme y horrendo pólipo.

No soy anarquista . . . es decir, nunca creí que lo fuera. Pero bien considerado todo y hecho examen de conciencia, acaso resulte que era un anarquista sin saberlo.

ALFREDO CALDERÓN.

Fragmento de un discurso de Clemenceau

En la enseñanza, como en todas las demás partes de la construcción política, todo deriva de dos principios primordiales: la autoridad y la libertad.

Se nos ha propuesto transferir el poder espiritual del Papa al Estado; ese es un catolicismo civil, laico, con un clero universitario.

Aquí se ha citado este pensamieto sin nombrar el autor: "La educación debe ser única e idéntica para todos. Un ciudadano no pertenece a sí mismo, todos pertenecen al Estado". Se nos ha invitado a adivinar el autor, y cuando uno denunció a Aristóteles, yo iba a nombrar a Ignacio de Loyola, porque en ese aforismo se encuentra el *Perinde ac cadaver*, o sea la doctrina de la absorción total, sin reserva y completa, del individuo en la corporación.

Se había comenzado por decir: "Los niños son propiedad del Estado", y la lógica ha llegado hasta exigir el monopolio de la enseñanza superior; es decir enviaréis al cuartel y al frente del enemigo todos los hombres de veinte años, y cuando salgan de las filas, después de haber corrido los riesgos del cuartel y de la guerra, no se les concederá aún la libertad de saber.

Yo no acepto esa doctrina en que la abstracción "Estado" se convierte en el Moloch insaciable en que toda virtud, según se ha manifestado, consiste en abismarse para siempre, *lo que representa un retroceso de dos mil años*.

El Estado, lo reconozco, tiene larga historia; pero manchada de sangre. Todos los grandes crímenes per-

petrados en el mundo: las matanzas, las guerras, las faltas a la fe jurada, las hogueras, los tormentos; todo se ha justificado por la razón de Estado.

Podrá haber habido reyes buenos y hasta papas tolerantes; pero el Estado es implacable, carece de alma y de sentidos y es sordo al grito de piedad: nada le conmueve.

No vale la pena de haber renunciado a la antigua Providencia que tiene las llaves del infierno y de la gloria, y al evangelio de dulzura y caridad proclamado en la montaña, para adorar al monstruo Estado que chorrea sangre y que es responsable de todas las abominaciones por que ha gemido y gime la humanidad.

¿Os habéis preguntado por qué los cristianos, que fueron una libertad en el circo, llegaron a traducir el precepto "amaos los unos a los otros" por matanzas, tormentos y suplicios? Pues sabedlo: fue porque quisieron ser el Estado, y en cuanto lo consiguieron, fracasaron, convirtiéndose en un poder dominante por el hierro y por el fuego, en la peor tiranía del mundo.

El progreso no reside en una abstracción; sólo se le encuentra tangible en el individuo: el hombre es la medida de los progresos realizados. El progreso está en el conocimiento de su acción libertada y libre siempre. Todo lo que no sea eso es cambiar de amos, pasar del yugo de la personalidad real al yugo de la impersonalidad de la multitud y de las mayorías: yugo de pontificado, yugo de rey, yugo de mayoría, ¡yugo siempre!

Somos hombres de espíritu latino: la unidad por el dios, por el rey, por el Estado nos obceca; no comprendemos la diversidad en la libertad. En el fondo, la Re-

volución francesa fue un cambio de terminología antes que sonase la hora de las realidades.

Escapámos de la Iglesia para caer en el Estado.

La falta de los maestros consiste en creer que fabrican hombres. Se dice constantemente: "El niño es una cera blanda, que se le forma como se quiere". No: la herencia y el medio han determinado esos hombrecitos a quienes se ha de enseñar a aprender.

El mundo está entregado a la fuerza, a los conflictos, a las luchas de intereses; pero bajo esas luchas salvajes de apetitos más o menos furiosos, en la profundidad de las masas, ha surgido una idea que mueve a los hombres y los impulsa a la conquista de una sociedad mejor, es la idea del derecho humano, la idea del derecho del hombre engrandecido a la altura de un rey cuya soberanía no conoce más límite que la soberanía de los otros. Esa idea ha transformado la sociedad, en ella reside la fuerza del porvenir, y, sobrevenga lo que quiera, no debemos abandonarla jamás.

Nuestros padres hicieron hace cien años una revolución de derecho en el mundo; para continuar su obra debemos mantener y desarrollar la noción de derecho que nos legaron. Para ello no hay más que desarrollar al hombre, que es la substancia del derecho. Por eso el objetivo de esta civilización que fundó la Revolución y que el *Syllabus* maldice no puede ser otro, a través de todas las incertidumbres de una larga batalla, que liberrar, ampliar y engrandecer al hombre.

Contra el Comunismo

El comunista más puro de nuestros tiempos ha sido Esteban Cabet, el autor del *Viaje por Icaria*. Ha admitido la monogamia, la separación de habitaciones, una de las comidas diarias en privado, la vida individual todos los días festivos. Para cada familia de labradores ha querido su granja con su jardín y su huerta; no se ha acordado siquiera del establecimiento de talleres nacionales agrícolas.

Dan lugar estos hechos a graves y muy fundados cargos. Si el principio es bueno, ¿a qué el temor de que rechacen los pueblos sus aplicaciones más legítimas? ¿A qué, sobre todo, consentir en transacciones que han de falsearle y no dejarle producir sus naturales resultados? El comunismo, lo confiesan los que le defienden, es insostenible sin ese amor de todos para cada uno, y de cada uno para todos, que hace sacrificar el interés personal al colectivo. Estudie cada lector en sí la índole y el desarrollo de este sentimiento, y verá si es o no incompatible con aquel sistema la familia.

No bien empezamos a sentirnos hombres, cuando buscamos con ansiedad el mundo fuera del estrecho recinto del hogar doméstico. Todo nos convida a querer; la naturaleza misma es para nosotros objeto de cariño. Rebosan de nuestra alma los más generosos pensamientos; responde nuestro corazón como un eco al ¡ay! que arranca a los demás la desventura. Nunca, en ninguna otra época, tienen para nosotros más encantos las palabras *Humanidad, Patria*.

Se nos atraviesa de repente una mujer en el camino

de la vida, y llega a cautivarnos. Cuanto más la adoramos, tanto menos amamos a los otros. Todo lo que con ella no está enlazado, pierde a nuestros ojos algo de su prestigio, hasta los mismos que nos engendraron. Por ella vemos, bajo su influencia obramos.

Es ya entonces estrecho el círculo de nuestra fraternidad; lo será mucho más en cuanto lleguemos a ser padres. En los hijos se concentra el amor del hombre con doble fuerza que en la esposa. El deseo de proteger su desenvolvimiento físico, el de educarlos, el de hacerlos sucesores, no tan sólo de nuestro nombre, sino también de nuestras aspiraciones e ideas, el de elevarlos sobre el nivel de nuestra generación aun a nuestro pesar, fomenta en nosotros el egoísmo. El padre quisiera que sus hijos fuesen en todo los primeros; envidia la superioridad de los de su vecino.

No sin razón todos los fundadores de órdenes monásticas han excluido de las comunidades la familia y levantado entre ella y los anacoretas los silenciosos muros del claustro. No sin razón la Iglesia católica ha impuesto el celibato a su clero. No sin razón Cristo, que deseaba fijar en Dios las miradas y los sentimientos del hombre, ha prometido grandes recompensas al que dejase por él su familia, y ha preguntado con énfasis al que le hablaba de la suya: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?” La fraternidad universal y el amor a la familia están uno de otra en razón inversa; ni sabemos cómo lo han podido llegar a desconocer nuestros modernos comunistas.

Contestarán, no lo dudamos, que este antagonismo es hoy debido a la lucha de los intereses generales y personales; que, indentificados unos y otros, lejos de

neutralizarse la comunidad y la familia, se fortalecerán y prestarán apoyo; que no cabe la envidia ni las malas pasiones donde la suerte de todos está igualmente asegurada. Argumento sólo fuerte en la apariencia, que es muy fácil desvanecer de un soplo.

Hemos pintado el sucesivo decaimiento de la fraternidad bajo la simple influencia del amor, y prescindido por completo de la de los intereses materiales.

¿Es o no exacta la pintura? Si lo es hay contradicción en establecer que no hay comunismo posible sin fraternidad, y admitir instituciones que la debilitan, ya que no la destruyan. No sólo se hace necesario, de toda necesidad, abolir el matrimonio; es preciso destruir los gérmenes del amor sexual, prostituir a la mujer y embrutecer al hombre.

La familia viene de Dios, ha escrito Luis Blanc, es imposible destruirla. La familia, parece decir Cabet en el conjunto de su libro, es la piedra angular de mi edificio. Mas, ¿viniendo la familia de Dios, preguntaremos a Luis Blanc, cómo os atrevéis a ser comunista? Siendo la familia la piedra angular de vuestro edificio, hubiéramos podido preguntar a Cabet, ¿cómo os proponéis realizar un principio que, según habéis confesado, lleva lógicamente a destruirla?

A no haber creído tal, habríais contestado a *El Humanitario*: “Quiero la monogamia”. ¿Por qué contestáis: “La quiero provisionalmente”?

El comunismo de Cabet quita desde luego a la familia su vínculo real, la propiedad, el patrimonio; el de Luis Blanc tiende a quitárselo. Ambos la privan del derecho de educar e instruir a sus hijos conforme a sus ideas y sus miras; es decir, del de crear individualidades más

o menos enérgicas, del de continuarse moral e intelectualmente. ¿Si la familia es un buen elemento social, por qué despojarla de lo que constituye su fuerza? Si malo, ¿por qué conservarla? ¿por qué darle un campo en que viva y se mueva? ¿Por qué permitir siquiera que haya enlace entre unas y otras generaciones?

Es bien triste la posición de nuestros comunistas. Reconocen libre al hombre, le ven en la historia luchando eternamente por sacudir de sus hombros el peso de la tiranía, y le han de negar la libertad para hacer posible un sistema. Consideran natural y eterna la familia, creen descubrir en ella el tipo del comunismo, y no pueden llegar a establecerle que no rompan todo lazo entre marido y mujer; entre ascendientes y descendientes. ¿Se resuelven a destruir la familia y la libertad? Levantan un torbellino de obstáculos y sublevan la consciencia pública. ¿Transigen? Las contradicciones brotan de sus sistemas a torrentes; de las mismas semillas de paz brota la guerra.

FRANCISCO PI Y MARGALL.

Una importante carta de un anarquista

25 de julio de 1931.

Señor don Elías Jiménez Rojas,
San José de Costa Rica.

Apreciable señor y amigo:

He recibido su grata carta. Es cierto, como Ud. dice, que los liberales reciben muchas piedras desde hace bastante tiempo; pero pienso que Ud. no tiene por qué quejarse de la situación: su minoría, por disminuir, no pierde en calidad, al contrario! Y los liberales tienen muchísimo mayor probabilidad de ver su programa realizarse que los anarquistas. El anarquismo necesitaría una mentalidad demasiado alta de las masas para realizarse. Sé bien que la mayoría de los verdaderos liberales podrían vivir en el anarquismo, pero consideran que es casi imposible para las masas elevarse a tal punto y prefieren, por consiguiente, privarse de algunas de sus libertades con tal de obtener algún resultado práctico. Sin embargo, los liberales como los anarquistas se encuentran frente a dos ilusiones. Los anarquistas creen que se puede educar a los individuos hasta lograr que vivan sin leyes. Y esto, lo reconozco, es casi una utopía. Los liberales piensan que se puede instituir un gobierno que no abuse del poder. Y esto es para mí otra utopía. Para vivir según las fórmulas de los liberales y de los anarquistas, sería necesario ser o muy primitivo o super-

civilizado. Pero ¡ay!, estamos todavía en un período de transición del cual no veremos nosotros el fin.

Para mí, los liberales de esos países habrían sido anarquistas si en lugar de ser sudamericanos hubieran sido europeos. De los actos arbitrarios de sus gobiernos, Uds. han sufrido hasta hoy únicamente en sus negocios; los europeos hemos sufrido en nuestras personas propias. Por esto el anarquismo ha hecho más progreso en Europa que en América.

.....

(El autor de esta carta escribe corrientemente en inglés o francés. En esta ocasión nos ha distinguido haciéndolo en español).

Notas del Director

Se necesita poseer una sensiblería no refrenada por el estudio o un temperamento paradójico o desquiciado— así sea con el relumbrón de Romain Rolland—, para mostrarse al par colectivista y enemigo de la guerra. La belicosidad del hombre tiene un origen zoológico dilucidado recientemente por el sabio inglés Arturo Keith. Contra tal belicosidad deben los educadores hacer cuanto les sea posible; pero estén seguros de que no trabajarán por la paz si inculcan en sus educandos la superstición del Estado colectivista hipertrofiado, que procede o se conduce según una moral suya propia, distinta de la moral recomendada a cada individuo por separado. Las

guerras de Estado a Estado son fenómenos colectivos que se verifican siempre en contra de los principios cardinales del liberalismo. Para preparar la última gran guerra, la de 1914, fue preciso una intensa campaña estatista, llevada a cabo principalmente en Prusia, no en Inglaterra ni en Francia.

La actual decadencia del liberalismo en Europa no es una consecuencia de la Gran Guerra. Al revés, esta Gran Guerra ha sido una de las manifestaciones de la decadencia evidenciada desde fines del siglo XIX.

El profesor alemán Hans Delbrück se burlaba del liberalismo de Stuart Mill en estos términos: "Su doctrina se funda en el principio de que el Estado debe tener por objeto la felicidad del individuo. El alemán no puede menos de sonreír ante esta metafísica ingenua y candorosa . . . Están de sobra los vocablos altisonantes, y debemos decir lo que sentimos: el bienestar es el objetivo de la patria. *El bienestar de los conciudadanos*, serán las palabras de ocasión cuando un padre y una madre anuncien a sus amigos en lo sucesivo que su hijo ha caído heroicamente en la última batalla, peleando por su patria, y por su rey..." Y el filósofo alemán Lasson llega hasta afirmar lo siguiente en su obra *La cultura ideal y la guerra*: Entre Estado y Estado, no hay ley que valga. Un Estado nunca comete un crimen. No es asunto de derecho, sino de interés, la observancia de los tratados. Cuando la ocasión se presente, el que sea fuerte y se sienta apto debe dirimir la cuestión: esta es la única solución racional que tienen los grandes problemas históricos".

Exclamar a la Romain Rolland: *He roto los puentes por donde pasé; yo no vuelvo nunca atrás*, es tal vez hermoso en boca de quien avanza evidentemente por el buen sendero; pero es la fórmula de la suprema necedad en cualquier otro caso. ; Y hay que ser de veras arrogante y jactancioso para creerse incapaz de errar el camino!

* * *

Todo individuo es esencialmente conservador: la ley de la vida es de conservación: el individuo tiene que conservarse para reproducirse y conservar así la especie.

Pero no es de esto de lo que se habla en sociología cuando se aplica a una persona o a un partido el epíteto de *conservador*. Es conservador el individualista que toma en gran consideración la continuidad del espíritu humano. Esta continuidad es la que hace posible eso que llamamos la ciencia—fuente de todas las INNOVACIONES verdaderas—. En el buen sentido de la palabra, los hombres de ciencia son, pues, siempre conservadores. Pero la palabra en cuestión se usa más frecuentemente en un mal sentido: en el sentido de *retroceso*. En este sentido, jamás podrá calificarse de conservador a un individualista: corre éste tras la perfección de su personalidad, seguro, absolutamente seguro de que, en la medida en que alcance esta perfección, alcanza al par la libertad. Los retrógrados son los colectivistas, socialistas, comunistas o como gusten llamarse. Cedo ahora la palabra a Alfredo Naquet:

El Estado, aunque otra cosa creyera en otro tiempo Luis Blanc, aunque otra cosa crean actualmente ciertos socialistas autoritarios, es siempre forzosamente reaccionario.

Es ley que todo organismo se sienta dominado por el espíritu de conservación. Por eso el Estado tiende siempre a conservarse; lucha, como luchamos nosotros mismos cuando se trata de nuestra individualidad, contra las causas que propenden a su destrucción, llegando bien pronto a inmovilizarse, a cristalizarse.

La ciencia evoluciona, las costumbres se transforman, las ideas se modifican, y tal concepción que apareció como un progreso, conviértese en un momento determinado en un obstáculo para toda nueva evolución; las diligencias, que realizaron un progreso cuando vinieron a sustituir a los peatones, pasaron luégo a ser una oposición a los ferrocarriles, cuando los dueños de ellas y la rutina de las masas las opusieron a las locomotoras.

El Estado puede ser progresivo una hora: la hora en que se forma; por ese momento es revolucionario y ha abatido a otro Estado anterior. Pero en cuanto se ve consolidado, lucha contra los que desean establecer lo derrocado y contra los innovadores que quieran derrocarlo para ir más lejos. Entonces se convierte en retrógado, y la lucha se hace cruenta entre él y los espíritus apasionados por lo nuevo. A partir de este momento encarna en sí todas las fuerzas de resistencia contra los movimientos de avance.

* * *

En toda escuela de enseñanza general, cualquiera que sea su grado, hay alumnos calificados como *malos*, para la escuela. La eficiencia de una escuela general está en razón inversa del número de alumnos que ella califica así, como malos.

En cuanto a los alumnos considerados como *mejores*, cerca del 90 por ciento de ellos es de auditivos, es decir de escolares que retienen mejor lo que perciben por el oído. En casi todas las escuelas del mundo las cosas están arregladas exclusivamente para estos alumnos.

El 10 por ciento restante, de los alumnos mejores, es de visualistas, obligados por consiguiente a hacer gran-

des esfuerzos personales a fin de poder servirse de una enseñanza que es en su mayor parte oral. Algunos de los alumnos calificados como malos son en realidad estudiantes de primer orden, pero incapaces de hacer los esfuerzos dichos. A fin de que tal anomalía desaparezca o se atenúe, urge recurrir con frecuencia al cinematógrafo y dar nueva importancia a los libros de texto: debe haber textos redactados con claridad, impresos con nitidez y profusamente ilustrados. Hay que tener muy presente que todo aprendizaje exige una memorización, auditiva para unos estudiantes, visual para otros y ventajosamente mixta para la gran mayoría. El lema, pues, de una buena escuela debe ser: *buenos maestros y buenos textos.*

A propósito de la ascensión del profesor Piccard

Hay cuerpos simples, como los gases oxígeno e hidrógeno, y hay cuerpos compuestos, como el agua, compuesta de oxígeno y de hidrógeno. Hay fuerzas físicas, como el calor, el magnetismo, la luz, los rayos ultravioletas, los rayos X (o rayos de Roentgen), los rayos ultra X (rayos gamma o rayos del radio) y los rayos cósmicos. Pero todos los cuerpos están hechos de una misma sustancia y todas las fuerzas son formas de una misma cosa, y esta sustancia y esta cosa es lo que llamamos electricidad.

Los rayos cósmicos fueron señalados por Edison, hace

28 años. Constituyen la radiación más dura conocida. Para cerrarles el paso, precisa una pieza de plomo de 5 metros de espesor u otra masa equivalente (una capa de agua de 50 metros de profundidad, por ejemplo). Se les llama cósmicos porque bajan verticalmente y no provienen del Sol ni de las estrellas vecinas a la Tierra. Parecen venir de los espacios interestelares o, más probablemente, de las nebulosas, en cuyo seno se realizan las colosales transformaciones químicas del universo.

Las últimas partes de un cuerpo que pueden existir con todas las propiedades de este cuerpo, se llaman moléculas. Las moléculas son asociaciones de átomos. Estos átomos son iguales entre sí en los cuerpos simples, y son desiguales en los cuerpos compuestos. Los átomos todos son a su vez asociaciones de partículas de electricidad: son sistemas solares minúsculos, cuyo astro central es un núcleo de electricidad positiva y cuyos planetas —llamados electrones—son partículas de electricidad negativa. La carga del astro central y las cargas de los planetas se equilibran. El átomo más sencillo es el de hidrógeno, pues se reduce a un núcleo positivo y a un electrón que gira al rededor de este núcleo. Los átomos que forman las moléculas de los otros cuerpos simples son más complicados, y cuanto mayor es la complicación tanto más alto es el peso del átomo.

Se dice que una molécula se *ioniza*, cuando se divide en dos partes, con cargas eléctricas distintas, una positiva y otra negativa. La ionización de las moléculas de un cuerpo disuelto en agua (v. gr., sal común disuelta en agua) explica un gran número de hechos (pilas, electrólisis, dobles descomposiciones químicas, etc.).

Se dice que un átomo se ioniza cuando, en virtud de

una acción exterior, el sistema planetario que lo constituye pierde o gana uno o más electrones. Un átomo que ha perdido planetas negativos, es un ion positivo, pues la carga positiva del núcleo es la que predomina. Inversamente, un átomo enriquecido en electrones, es un ion negativo.

Una atmósfera cargada de iones es una atmósfera electrizada. De la ionización de una zona atmosférica depende lo que se llama su tensión o POTENCIAL.

Las causas de la ionización del aire—hablo ahora solamente de la ionización atómica—son múltiples. Una de ellas es el frotamiento interno del viento (o sea el frotamiento de unas masas de aire contra otras); otra es el frotamiento del viento sobre los obstáculos materiales (edificios, etc.); otra, mucho más importante, es la radiación solar, particularmente la de los rayos ultravioletas. Estos rayos, a los cuales se debe el desorden fisiológico llamado insolación, son absorbidos por la atmósfera; mejor dicho, se gastan en ionizarla, de modo que sus efectos propios se nos revelan tanto mejor cuanto mayor es la altura a que los observamos. Pero los principales agentes de ionización atmosférica son los rayos cósmicos, que representan quizá el primer papel en el juego de los fenómenos meteorológicos terrestres (lluvias, tempestades, etc.). Como en el caso de los rayos ultravioletas, los efectos de los rayos cósmicos se hacen más notables a medida que el observador asciende.

La capa atmosférica en que vivimos es la tropo-esfera, la esfera de los cambios, la capa en que hay vapor de agua y en que se restablece constantemente el equilibrio eléctrico del aire, sea por neutralización mutua de los iones,

sea en virtud de los meteoros denominados auroras, sea mediante esos chorros o cohetes de electricidad que van de las nubes al suelo y que llamamos rayos.

A la altura de unos 11,000 metros comienza la estrato-esfera, privada de vapor de agua. A ella se dirigió la expedición del profesor Piccard y de su ayudante Kipfer. Su objeto no era la exploración simplemente meteorológica. Esta exploración la realizan desde hace años los globos-sondas. Uno de ellos alcanzó en Pavía, en 1913, la altura de 37,700 metros, inscribiendo una presión atmosférica de 2 mm., o sea 380 veces menor que la normal en la superficie de los mares. Esos globos han demostrado que la temperatura de la estrato-esfera es de 60° centígrados bajo 0—como estaba calculada—y que el enriquecimiento relativo en nitrógeno y la pobreza en oxígeno corresponden también a los cálculos hechos de antemano por los físicos.

El objeto de la ascensión del profesor Piccard era realizar MEDIDAS ELÉCTRICAS.

Las medidas propuestas no fueron realizadas todas a causa de accidentes imprevistos. No se pudo hacer la medida de la ionización atmosférica a la altura alcanzada, vecina de 16,000 metros; ni se pudo medir a gran altura la diferencia de potencial entre dos puntos distantes de 100 metros, el uno del otro, verticalmente. Todo hace pensar que esta diferencia de potencial se habría expresado en MILLONES DE VOLTS y habría despertado la imaginación de los electricistas transportándolos muy allá de sus sueños actuales.

Las medidas efectuadas por los excelsos viajeros no han llegado todavía a mi conocimiento. Pero sé ya que

las previsiones relativas a los rayos cósmicos fueron plenamente confirmadas. Esto solo me parece un éxito inmenso.

(La información relativa a la ascensión del Prof. Piccard, ha sido tomada de *L'Illustration*.)

E. J. R.

Alfonso Jiménez

Alfonso Jiménez Rojas nació en San José de Costa Rica el 31 de octubre de 1865. Hizo sus estudios en la misma ciudad: los de la primera enseñanza en tres de las escuelas públicas; los de la segunda en el Instituto Nacional, bajo la dirección de los profesores españoles don Adolfo Romero y Doctor don Valerio Fernández Ferráz, y los de Derecho en la Universidad de Santo Tomás y en ciertas cátedras fundadas por el Colegio de Abogados. Obtuvo el título de Licenciado, que es el más alto que en Costa Rica se confiere en la carrera del Derecho. Fue Bibliotecario de la Universidad desde principios de 1887 hasta la extinción de ella en 1888. Sirvió en la Administración de Justicia durante más de 35 años, hasta mayo de 1920. En los últimos años desempeñó el cargo de Magistrado en la Sala Segunda de Apelaciones y en la Sala de Casación, de la Corte Suprema de Justicia de la República. Entró a desempeñar el último cargo judicial por elección especial, para llenar la vacante que dejara en 1911 el Doctor don Antonio Zambrana, y la

Asamblea Nacional Constituyente de 1917 le nombró para que lo ejerciera a perpetuidad. Tuvo a su cargo la Secretaría de la Escuela de Derecho durante más de cinco años hasta junio de 1900. Ha sido miembro de la Directiva del Colegio de Abogados por doce años, con el carácter de Presidente en cuatro períodos. Ha publicado trabajos sobre legislación, jurisprudencia, historia del país y reminiscencias personales y de interés general, en el diario *El Figaro* (años 1901 y 1902), las revistas *El Foro* (años 1905 y 1906), *Reproducción* (años 1921 a 1930), en estos *Apuntes* (año 1931) y otros periódicos. Ha viajado por Venezuela, Francia e Italia.

*Fragmento del discurso que pronunció en Ginebra,
el día 4 de mayo, el Ministro de Trabajo
y Previsión de la República Española,
Sr. Largo Caballero*

(De *Revista de las Españas*).

Sería vano ocultar el sentimiento de orgullo con que un hombre como yo, socialista-republicano de toda la vida, se presenta ahora en este Consejo permanente de las Naciones que es Ginebra; pero esta íntima satisfacción de pertenecer a un país que se había rezagado excesivamente en el progreso general del mundo y que ahora se dispone, no sólo a incorporarse a la gran familia de las democracias modernas, sino a esforzarse por crear nuevas normas de organización política y social, con sen-

tirla muy vivamente ante todas las naciones representadas en esta noble y hospitalaria ciudad, ha de ser mucho más intensa al comparecer ante vosotros, hermanos de lengua, compañeros de cultura, amigos espirituales de América.

Por primera vez, amigos, compañeros y hermanos de América, los españoles podemos hablaros alta la frente y el corazón rebosante de alegría histórica. Os lo diré con franqueza: muchos millones de españoles, los mejores por ser los que trabajaban y pensaban, los que sufrían de una nacionalidad venida a menos por las torpezas e ineptitudes de un Estado encastillado en una estructura medieval y espiritualmente dormido, con sueño de muerte, a la sombra de las tumbas faraónicas de El Escorial; muchos millones de españoles, digo, al encontrarse con vosotros, amigos hispanoamericanos, sentíamos no haber empezado aún la revolución política y social que vosotros iniciasteis en todo vuestro Continente hispánico hace más de un siglo. Los dominadores de ayer éramos los parientes pobres, los retrasados históricos; España era la última colonia de aquel Estado imperial y despótico que durante tres siglos llevó, sí, los elementos de la civilización occidental a América, incorporados a las leyes de Indias, muchas de ellas admirables aún en el día de hoy, y en el espíritu humanitario, empapado de fraternidad universal, que animaba a hombres insignes como Bartolomé de las Casas y tantos otros; pero leyes y espíritu que los más de los representantes oficiales de la monarquía en América burlaron y escarnecieron constantemente, obligándoos a la postre a romper vuestros lazos políticos con la Metrópoli.

Los españoles genuinamente liberales, los republica-

nos y socialistas españoles hemos pensado siempre que vuestras guerras por la independencia fueron más bien guerras civiles, guerras revolucionarias, guerras de separación, no de un pueblo que os dio su sangre, su lengua y su cultura y os ha seguido dando su trabajo, sino de un Estado anacrónico; guerras contra una forma de Gobierno que no transigía con la libertades conquistadas por las grandes revoluciones de Inglaterra y Francia y por la independencia de los Estados Unidos. Esas guerras civiles de América contra el Estado español, no contra la nación española, las iniciaron y las sostuvieron, principalmente, muchos de los mismos españoles que habían emigrado a América buscando, no sólo la fortuna, sino la libertad que les negaba dentro de sus fronteras territoriales la monarquía, o los hijos y descendientes de españoles, como Simón Bolívar, el Libertador por antonomasia. Yo os aseguro que muchos españoles actuales, los que siempre han puesto la libertad de los pueblos por encima del Imperio, de haber vivido a comienzos del siglo XIX, cuando empezaron vuestras guerras civiles por la independencia, talvez hubieran tomado las armas a vuestro lado o hubieran estado con vosotros en espíritu, como lo estuvieron cuando la guerra de Cuba; como lo estuvieron Pi y Margall, Pablo Iglesias y muchos varones ilustres en la gran crisis histórica de 1898. Porque nosotros, los liberales auténticos, los republicanos y socialistas españoles, colocamos la libertad hasta por encima de la Patria. Es más: creemos que una Patria sin libertad, una Patria que niega la libertad a los hijos de su tierra y a los hermanos políticos de otras tierras, no puede ser la Patria de ningún hombre libre.

Los enfermos

Al anochecer comienzan los preparativos para la batalla nocturna. Ya ha pasado otro día; es preciso disponerse para buscar el siguiente; pero la noche se interpone, y es necesario pasar la noche. El sillón o la butaca cómoda al lado de la cama; a veces no basta un sillón o una butaca, hay que estar más constantemente cerca; no se ha de dejar ni un momento solo al enfermo. Y en ese caso, habrá que improvisar una cama cerca del lecho. Por supuesto, la luz ha sido ya arreglada para las interminables horas de la noche. Es un pequeño problema éste de la luz. ¿Cómo hemos de dormir: con luz o sin luz? Estando enfermos ya se sabe; pero también los sanos gustan de dormir con luz; no todos necesitan la luz; mas existen muchas personas que no pueden conciliar el sueño en la oscuridad. La luz parece que nos hace compañía; la luz diríase que indica que en tanto nosotros dormimos, hay quien está velando y guardando nuestro sueño. Una luz débil, suave, en la estancia, es como si continuara el tráfigo del día y nosotros, sin embargo, estuviéramos entregados al descanso; mientras que los otros velan—y esta lucecita es la señal de que velan—nosotros estamos con toda tranquilidad durmiendo. Y cuando a media noche o a la madrugada nos despertamos, vemos el reflejo débil de la luz en la pared, en un mueble, y nos tornamos, confiados, a dormir. En caso de enfermo, la cuestión está resuelta: se necesita luz durante la noche. Y ha de ser, naturalmente, una luz tenue, sedante, velada. A la lámpara eléctrica, le ponemos un pañuelo de seda; con el sutil tejido del pañuelo que envuelve toda la lám-

para, se produce un resplandor difuso, vago, que no molesta a los ojos. Antes, las mariposas eran las indicadas para alumbrar la habitación del enfermo; la mariposa estaba compuesta de un vaso con agua, en el fondo, y aceite en la superficie; una torcida era encendida y daba una débil llamita. La luz del aceite es la más suave de todas; creo recordar que lo dice Juan Luis Vives en sus *Diálogos latinos* al hablar de la luz que los estudiantes van a encender para el estudio de la noche. La mariposa hasta tiene bello el nombre; mariposa de luz, tenue mariposita que pone, con amor, con delicadeza, sus resplandores suaves en la estancia en que un sér humano está sufriendo; que alumbra, con piedad, con cuidado, los dolores que en esta estancia sufre el enfermo. A la madrugada, la mariposa siente ella misma, la pobre, un cansancio terrible; ha alumbrado durante toda la noche, discreta y callada, y ahora tiene de cuando en cuando un chisporroteo que señala el final de su misión; se ha acabado casi el aceite del vaso; la llama llega al agua, y la luz crepita dulcemente, como quejándose, sin querer; sin querer, porque la mariposa es buena, generosa, y lo que ella desea es que le echen un poco de aceite para poder alumbrar lo que resta de la noche. Pero un débil resplandor ha aparecido en las rendijas de la ventana; la aurora está ya en el cielo; el día ha comenzado. Y la mariposa no es necesaria hasta otra noche; va a tener, pues, unas horas de descanso, de reposo.

Todo ha quedado dispuesto en la estancia del enfermo; las horas de la noche son terribles para los pobres dolientes. Durante el día, los minutos han transcurrido con dificultad; pero estas horas de silencio y de soledad, son verdaderamente angustiosas. Aunque notamos que

allí, cerca del lecho, está una persona querida, nos encontramos a solas con nosotros mismos: todo el recogimiento exterior de la noche parece que se concentra entre las cuatro paredes, se produce otra concentración que tiene por núcleo la persona del enfermo. Durante el día hemos seguido con oído agudísimo todos los ruidos de la casa. Si la entrada no está lejos del dormitorio, si percibimos el timbre de la puerta cuando llaman, preguntamos siempre quién es el que entra. Y si no oímos el timbre de llamada, oímos desde luego, los pasos de las personas que están en las habitaciones próximas. Llevamos de todos modos, pues, la cuenta de los que entran y los que caminan por la casa; nos distrae este recuento de los visitantes; nos hacemos la ilusión, un instante, de que no tenemos dolor; durante el brevísimo momento en que preguntamos quién es el que anda cerca, en la habitación inmediata, no pensamos en el dolor. Y este segundo—nada más que un segundo—es una batalla que ganamos a la enfermedad. Desgraciadamente, el dolor está allí; si nosotros lo hemos olvidado durante un segundo, él nos lacera durante horas y horas. Horas y horas interminables, angustiosas; horas y horas en que el tiempo no es como antes, sino más largo, más ancho, más profundo. ¿Quién podrá contar las etapas que ha recorrido ya el pobre enfermo desde que cayó en la cama? De pronto, sentimos un ligero malestar; acaso no será nada; seguimos trabajando; no le damos importancia a esta molestia. Pero el malestar aumenta; nos sentimos desaseados. En este momento entra en escena un personaje que ya no nos abandonará durante toda nuestra enfermedad: un personaje que constituirá nuestra desesperación y nuestra esperanza; que será a veces la aie-

gría, y otras la tristeza. El termómetro clínico hace ahora su aparición; para ver si realmente estamos enfermos, si comenzamos a estar enfermos, nos ponemos el termómetro. Y ávidamente, con ansiedad, miramos luégo la escala de la temperatura. Sí; este desasosiego que sentimos es un poco de calentura; no tenemos más remedio que acostarnos. Nos acostamos, y principia el proceso del pobre enfermo; la enfermedad va apoderándose de nosotros; el desasosiego se cambia en ardiente fiebre; el médico viene; los frascos de los medicamentos comienzan a llenar la mesita que está junto a la cama; después llegan otros medicamentos; luégo, tal vez sean llamados otros doctores. Y el pobre enfermo siente transcurrir los días, las semanas, los meses, acaso los años. Los primeros días, el tormento de la cama es insoportable; el dolor no nos permite cambiar de postura; no tenemos un instante de reposo; no es posible hacer que la angustia que nos oprime nos abandone. Y tanto como nuestro dolor, sentimos la preocupación de los seres queridos que nos acompañan; en sus ojos, en el tono de sus palabras, en sus silencios, en sus miradas, notamos la gravedad de nuestro mal; no nos quieren decir nada, naturalmente; pero sin que nos lo digan, nosotros comprendemos que estamos muy mal y que estos seres queridos sufren terriblemente de vernos tan enfermos y de presentir una contingencia funesta.

Los días van pasando; la costumbre, la costumbre que todo lo dulcifica, ha hecho ya que nos acostumbremos al dolor; la esperanza entra también en nuestro ánimo. Con la esperanza, sentimos un poco de alivio. Todo esto—pensamos—pasará; ahora sufrimos mucho, pero llegará un momento en que la enfermedad haga su crisis; la

convalecencia habrá de comenzar; de la convalecencia, saldremos más fuertes que antes. La enfermedad habrá servido para que nuestro organismo se haya renovado; como si fuéramos hombres nuevos estaremos después de esta crisis terrible. Y con tales halagüeños pensamientos, vamos pasando las horas, los días, las semanas, los meses. A la madrugada, en las rendijas del balcón, la débil claridad del alba; después, durante el día, el muro de enfrente en que un rayo del sol apunta, aumenta y decrece. Este rayo de sol, que vemos todos los días; que vemos crecer y decrecer, es nuestro consuelo. Toda nuestra vida de enfermos está concentrada en este brillante rayito de vivo sol que aparece en la pared por la mañana y se marcha por la tarde. El autor de estas líneas ha visto desde la cama, en meses y meses de enfermedad, cubrirse un árbol lejano de hojitas en primavera; después, hacerse grandes la hojas; luégo comenzar a tornarse amarillas; por fin, caer del árbol y quedar las ramas limpias, negruzcas, en el invierno.

Un benemérito religioso, el padre Sansón de la Congregación del Oratorio, publica en París una revista que debe ser propagada entre los enfermos. Se titula *Revivre*, y a los dolientes está dedicada. Hace poco que ha comenzado la publicación de esta revista. En el programa de *Revivre* se dice, entre otras cosas: "Al fundar *Revivre*, el padre Sansón ha llevado principalmente dos miras: remediar el aislamiento moral y espiritual del enfermo, y despertar en los sanos la responsabilidad con respecto al mundo del sufrimiento". Fiel a este programa, el buen religioso procura en su revista llevar al pobre enfermo un poco de confortación espiritual. Muchos enfermos habrá que no pueden leer los artículos del padre

Sansón y de sus colaboradores; no podrán tampoco sufrir que se los lean; sus dolores no lo permitirán. Pero habrá muchos también que puedan leerlos, o podrán escuchar su lectura. En los primeros números de la revista, su director ha publicado un importante estudio con el título de "Vivre sa vie de malade"; o sea, "Vivir su vida de enfermo". En ese trabajo, el padre Sansón trata de dar una norma al enfermo durante su dolencia; una norma psicológica que procure aliviar su dolor. Tres momentos capitales hay durante el día en la vida del doliente: el personaje que apareció en los comienzos de la dolencia, se ha establecido ya plenamente en la casa y es el eje de la vida del enfermo. Los tres momentos capitales son los instantes en que el termómetro ejerce sus funciones. Todo gira en torno a esos tres momentos. Y el buen religioso quiere que en esos instantes, precisamente, tratemos nosotros, enfermos, de sobreponernos a nosotros mismos. Un esfuerzo nada más; un ligero esfuerzo, y habremos ganado mucho en nuestra vida moral. No pensemos en lo que pasará mañana; no nos atormentemos con la vana esperanza; no nos desalentemos por lo que diga, inflexible, el termómetro. En vez de pensar en nosotros, pensemos en alguien de los que nos rodean; pensemos, nosotros, enfermos, en el achaque, o en la preocupación, o en el disgusto de uno de los seres queridos que están en torno nuestro, o bien, lejos de nosotros. Y cuando hayamos tenido ese momento de altruismo, de caridad, para con los demás, habremos vencido nuestro propio dolor. "Fijar la atención—escribe también el padre Sansón—no únicamente en lo que podrá suceder dentro de un mes, de seis meses, cuando estemos curados, sino en lo que es ahora; en lo que realmente sucede ahora. Y esto

para descubrir qué partido podemos sacar de esta transformación de nuestra persona que ha operado el dolor". "Esta es la primera regla—añade el autor—que el enfermo debe practicar para paliar su enfermedad".

En resumen, lo que el buen filipista desea es que el enfermo no se entregue desapoderadamente, incesantemente, a la esperanza, dejando desamparado el presente. El presente es una realidad; no podemos negarla; es imposible prescindir de ella. Y lo que debemos hacer es tratar de sacar el mejor partido de este presente—presente de dolor—que ha modificado nuestra pobre personalidad.

AZORÍN.

. . . Y sin embargo recuerdo con cariño a los socialistas del tiempo de mi juventud:

A la luz de la luna

Una de estas noches iba yo por el campo charlando con un joven amigo recién salido de la Escuela Politécnica, el cual posee un espíritu tan expansivo como lógico.

Paseábamos por una despejada llanura bordeada a mano izquierda de redondos ribazuelos eslabonados por breves praderas en forma de barrancos. La luna llena iluminaba el espacio transparente y terso, y las estrellas, pálidas y remotas, tenían una dulzura que enternecía. El blanco camino se prolongaba ante nosotros y se perdía a lo lejos en el misterio del horizonte, bañado de luz y de sombras: aquel camino parecía conducir de la realidad al ensueño.

—Sí, decía yo, lo que me disgusta en la sociedad presente no es precisamente los sufrimientos materiales que un régimen mejor podría dulcificar, sino las miserias morales que fomentan el estado de lucha y una monstruosa desigualdad.

El trabajo debiera ser una función y una alegría, y no es frecuentemente más que una servidumbre y un sufrimiento. Debiera ser el combate de todos los hombres unidos contra las cosas, contra la fatalidad de la naturaleza y las miserias de la vida, y sólo es el combate de los hombres entre sí, disputándose los goces por medio del engaño, oprimiendo a los débiles y realizando todas las violencias de la rivalidad ilimitada. Aun entre los que llamamos felices, apenas si anida la felicidad, porque los han cogido con sus dientes las brutalidades de la vida; ni siquiera tienen el derecho de ser equitativos y buenos so pena de ruina; ¡y en este estado de universal combate, los unos son esclavos de su fortuna como los otros lo son de su pobreza! Sí; arriba y abajo el presente orden social sólo engendra esclavos, pues no pueden llamarse hombres libres los que no tienen tiempo ni fuerza de vivir por los elementos más nobles de su espíritu.

Y si miráis hacia abajo ¡qué pobreza, no digo ya en los medios de vivir, sino en la vida misma! Veo esos millones de obreros que trabajan en las fábricas y en los talleres: ningún derecho tienen en esas fábricas y en esos talleres. No tienen ningún derecho sobre la máquina a que sirven; ninguna parte de propiedad en las inmensas herramientas que la humanidad ha forjado pieza a pieza: son extranjeros en el reino del poder humano; son casi extranjeros en la civilización humana.

En las minas, los canales, los puertos, las vías férreas; las aplicaciones prodigiosas del vapor y de la electricidad, todas las grandes empresas que fomentan la potencia y el orgullo del hombre: nada son en todo eso, nada más que instrumentos inertes. No se asientan en los consejos que deciden de las empresas y las dirigen: éstas se encuentran en manos de una clase restringida, que goza toda la alegría de la actividad intelectual y de las grandes iniciativas, como goza igualmente todas las alegrías que proporciona la fortuna, y que le harían dichosa si el hombre pudiera serlo excluido de la solidaridad humana. Millones de trabajadores hay que están reducidos a una existencia inerte y maquinal. Y, cosa terrible, si mañana pudiera reemplazárseles por máquinas, nada habría cambiado en la humanidad.

Por el contrario, cuando el socialismo haya triunfado; cuando el estado de concordia haya sucedido al de la lucha; cuando todos los hombres tengan su parte de propiedad en el inmenso capital humano y su parte de iniciativa y de voluntad en la inmensa actividad humana, todos también alcanzarán la plenitud de fuerza y alegría; en los más humildes trabajos manuales se reconocerán cooperadores de la civilización universal, y ese trabajo, más noble y fraternal, lo regularizarán de tal suerte que no les falte nunca algunas horas de vagar para reflexionar y sentir la vida.

También comprenderán mejor el sentido profundo de la vida cuyo fin misterioso es el concierto de todas las consciencias, la armonía de todas las fuerzas y de todas las libertades. Amarán y comprenderán mejor la historia, que será su historia, porque ellos serán los herederos de toda la raza humana. En fin, comprenderán mejor

el universo; pues al ver en la humanidad el triunfo de la consciencia y del espíritu, barruntarán pronto que ese universo del que la humanidad ha surgido, no puede ser en el fondo brutal y ciego, sino que tiene un alma difusa, y que hasta el universo mismo no es más que una inmensa y vaga aspiración hacia el orden, la belleza y la bondad. Con otros ojos y otro corazón mirarán los hombres a sus hermanos, a la tierra y al cielo; a la roca y al árbol; al animal, a la flor y a la estrella.

Hé aquí por qué es permitido pensar estas cosas en pleno campo y bajo el cielo estrellado; sí, podemos tomar como testigo de nuestras sublimes esperanzas a la noche sublime en donde secretamente se elaboran los mundos nuevos; podemos asociar a nuestro ensueño de dulzura humana la inmensa dulzura de la noche serena.

—“Enhorabuena, repuso el joven ingeniero; pero ¿por qué no habláis de progreso social simplemente? ¿Por qué habláis de socialismo? El progreso social es una realidad y el socialismo no es más que una palabra. Es el nombre de una secta poco numerosa, enfática o violenta, y dividida contra sí misma: no es una fuerza seria de progreso. Es posible que las soluciones propuestas por el socialismo se adopten gradualmente; pero de fijo que no serán los socialistas quienes las hagan triunfar. Jamás habrá gobiernos que obren o legislen en nombre del socialismo; porque un gobierno, aun para mejorar el orden actual y crear un orden nuevo, se sustenta necesariamente en lo que es. Ahora bien, el socialismo se da aires de ser una revelación centelleante y un nuevo Evangelio, y para suscitar el porvenir busca su punto de apoyo en el porvenir mismo.

”Efectivamente; en la sociedad actual se han dado ya todos los elementos del problema y las soluciones han sido indicadas, o cuando menos esbozadas. La solución del problema social está contenida íntegramente en la libertad política, en los progresos de la instrucción popular, en el derecho reconocido de sindicarse los trabajadores. Pues bien; la libertad política existe ya; la instrucción, una instrucción cada día más elevada, se infunde en el mundo del trabajo, y los trabajadores poseen el derecho de agruparse.

”Más instruidos, colaborarán por medio de la imaginación y de la inteligencia en todas las grandes empresas humanas, y cuando su valor interior y personal se haya acrecentado, reobrarán por sí mismos, mediante una acción irresistible de adentro a fuera, sobre el régimen social. Por ejemplo; si todos los niños del pueblo contraen en la escuela, gracias a una enseñanza viva y bien administrada, el gusto y la necesidad de la lectura, es imposible que esta necesidad universal no asegure a los trabajadores, en un trabajo mejor distribuido, algunas horas para los regocijos del espíritu. Además, cuando comprendan mejor todo el mecanismo de la producción y del cambio, cuando sepan exactamente el estado de las industrias y de la suya en particular, cuáles son los mercados, cuál el capital invertido y cuál el que se necesita para fomentarla; libres entonces, instruidos y asociados, penetrarán por la fuerza de las cosas en los consejos administrativos de las grandes empresas anónimas, y en seguida, aunque poco a poco, en la dirección de las empresas de mediana importancia. De ahí pueden llegar a la participación en los beneficios, en la autoridad, en el poder económico.

"Lo repetiré otra vez, todo eso se realizará sin trastornos, y nos veremos al término del socialismo sin encontrar el socialismo en nuestro camino. Los viejos marinos hacen creer a los neófitos que yendo de uno a otro polo se encuentra la línea ecuatorial, tensa y resistente, en la superficie del mar. No, no es posible encontrar la línea, y a menos de realizar cálculos minuciosos, se rebasa sin notarla: de igual modo se rebasará la línea socialista.

"Los hombres del 48, a los que tanto parecéis estimar, eran generosos, pero irritantes. No hablaban del Porvenir sin mayúscula, y lo oponían al Pasado y al Presente como un arcángel de luz a un demonio de tinieblas. El soplo del Porvenir lo sentían continuamente pasar entre sus largos cabellos y por su luenga barba. Esperaban al hombre del Porvenir, a la sociedad del Porvenir, a la ciencia del Porvenir, al arte del Porvenir, a la religión del Porvenir. Hasta creo que el modesto sol que nos alumbraba era muy mediocre para ellos que esperaban el sol del Porvenir.

"Se figuraban que el fuego y el hervor de las almas iba a suscitar una sociedad nueva como el fuego interior de la tierra puede suscitar nuevas montañas: en estas esperanzas había mucho orgullo, pues por de contado se consideraban ellos como los ordenadores de la nueva sociedad, y las nuevas cimas el pedestal sobre que ellos se erigiesen. ¡Ilusiones de la generosidad! ¡Quimeras de la vanidad! La sociedad humana tiene, como la tierra, una forma casi definitiva: *sin duda habrá transformaciones: pero nó extraordinarias reconstrucciones*. Nunca habrá revoluciones sociales como no hay revoluciones geológicas.

“El progreso humano ha entrado en un período silencioso que no es el menos fecundo. Pascal decía contemplando el cielo que entolda nuestras cabezas: “Me espanta el silencio eterno de esos espacios infinitos”. Yo me consuelo y regocijo cuando terminan las polémicas de la prensa y toda nuestra agitación verbal subsiguientes a los períodos electorales. El universo sabe realizar su obra sin ruido, sin ninguna declamación charlatanesca en las alturas, sin que ningún programa coruscante se intercale en la tranquilidad de las constelaciones. Yo creo que la sociedad ha entrado en un período dichoso en que todo se hace sin ruido, y sin sacudidas, porque a todo preside la madurez: habrá reformas y aun grandes reformas, pero se realizarán sin apenas mentarlas, sin turbar la dulce paz de las naciones, como la caída del fruto maduro no altera los bellos días de otoño; la humanidad se elevará insensiblemente hasta la justicia fraternal, como la tierra que nos sustenta se eleva por silenciosa gradación hasta los horizontes estrellados”.

—¡Oh, mi querido amigo; cuánta prisa tengo de responderle, y qué cosas debo decirle!

—“Nó; no me conteste esta noche. Mire y escuche. Mientras nosotros discutimos y soñamos en el porvenir, todo lo que vive, todo cuanto existe, se abandona a la alegría de la hora presente y a la inmediata dulzura de la noche serena. Los campesinos acuden en grupos a la granja para despojar de sus hojas las espigas del maíz, y vienen cantando a coro; la culebra, súbitamente despierta, se sobresalta y vuelve a dormirse en el misterio de la espesura. En los rastrosos, en las secas praderas, los pobre animalillos siguen cantando: su música no es estallante e innumerable como en las tibias noches de

primavera o en las cálidas del estío; pero seguirán cantando hasta que el invierno los hiele. En medio de los campos resplandecen las fogatas de yerba seca, atenuadas y dulcificadas por la claridad de la luna: diríase que el espíritu de la tierra flamea y se asocia a la radiación misteriosa del cielo. Los canes vagabundos ladran al carro rezagado que precedido de una linterna y arrasado por un asno se mueve en el camino. El mochuelo maúlla de amor en el castañar, y las castañas maduras caen con un ruido pleno y ruedan a lo largo del valle. Croa la rana al pie de la fuente; brilla el cielo; canta la tierra. Dejemos hacer al universo; él tiene alegría para todos; es socialista a su manera”.

JUAN JAURÉS,

Asesinado al estallar la guerra de 1914.

De Guillermo Humboldt

El ideal de la Edad Media, como del siglo de Luis XIV, es la unidad, la unidad en todas las cosas, en religión, en moral, en ciencias, en industria. Se procura obtener esta unidad por medios artificiales; es el Estado el que la impone y la mantiene. De este modo se consigue, no la unidad verdadera, que consiste en el acuerdo de los espíritus, sino la uniformidad, es decir, una regla exterior, una fórmula vacía que se hace aceptar a viva fuerza, domeñando toda oposición.

El pueblo no cree, pero se calla; este es el reino del

silencio y de la inmovilidad. Hoy no es así. Una concepción más exacta y más verdadera del alma humana nos ha dado una idea más justa de la unidad. En el hombre, como en la Naturaleza, admitimos variedades infinitas, y sólo podemos buscar la unidad viviente en el conjunto, en la armonía de esas notas diversas.

Al fin se ha comprendido, pues, que imponer la uniformidad por el despotismo de la ley, es proseguir una obra mala y estéril.

Para que un país sea rico, industrial, moral, religioso, es necesario que nada estorbe a la expansión infinita de las aptitudes humanas; en otros términos: es preciso antes de todo considerar y respetar la libertad de los individuos.

De Benjamín Constant

Las funciones del gobierno son negativas; debe reprimir el mal y dejar que el bien se haga de suyo.

Manténgase neutral la autoridad, cállense las leyes, y siempre se ejecutará lo que es necesario, pues en materia de instituciones no es bueno y durable sino lo que es necesario.
